

El Sargento Zarraluqui. Morir en Beni-Salak

Recibió tres heridas —declaraba el cabo Policarpo— la primera en la mano, cuando llevaba dos horas en la operación. A la media hora de la mano, otra en la cara. Con una y otra herida siguió combatiendo y alentándonos, hasta que unos veinte minutos después fue cuando le mataron.

Carlos Zarraluqui Sáez tenía 22 años cuando estrenó los galones de sargento; era entre los combatientes de Africa uno de los más jóvenes de su empleo; y además figuraba en la lista de revista del Grupo de Regulares de Tetuán nº 1. El sargento Zarraluqui podía presumir de uniforme, y de galones, y de valor, como muy pocos en aquella primavera de 1919, la primavera de Beni-Salak.

Zarraluqui había nacido en la bella localidad murciana del Palmar a finales de octubre de 1893. Consta en su hoja de servicios que a la hora de alistarse en el Ejército, con veinte años de edad, era estudiante; pero por la razón que fuere, los estudios quedaron pendientes en la península, y él, al mes de ser soldado, saltaba a Ceuta con su batallón de Cazadores de Llerena; y unos días más tarde a Tetuán. Era el 15 de julio de 1913 y con esa fecha el soldado voluntario descubría el fuego enemigo en su primer servicio de convoy; desde entonces, Marruecos y su guerra interminable marcarían la existencia, corta y agitada, de este sargento ejemplar.

En la mañana del 5 de abril de 1919 una compañía de Regulares está recibiendo fuego enemigo desde las primeras luces del alba. La situación en que han sido sorprendidos resulta absolutamente adversa y muy difícil de cambiar. A las pocas horas de comenzar la operación ya han muerto el capitán, los tenientes y algunas clases. La tropa, también mermada, pre-

tende abandonar, pero tan arriesgado es el movimiento como la resistencia.

La situación para la compañía es crítica. Y en el cercano poblado de Beni-Salak la morisma entra y sale transportando heridos, apor-

A las pocas horas de comenzar la acción ya habían muerto todos los oficiales y parte de las clases de tropa.

tando armas y acercando munición para mantener el ataque a las tropas españolas. Tendidos en la ladera, batidos de frente a corta distancia, quedan casi a merced de sus verdugos los restos de la unidad agredida.



A sólo un par de kilómetros del lugar del tiroteo marcha el tabor del comandante Fiscer, que tiene por misión el relevar a la unidad del mismo nombre en la que está la compañía hostigada. Pero lo que se suponía un relevo pacífico y rutinario se presenta ahora como una operación militar de alto riesgo.

Entre las tropas de Fiscer, compañía del capitán Soto, va el sargento Zarraluqui, al que se asigna la ocupación de un punto favorable para el movimiento de la sección de vanguardia. La misión de Zarraluqui consiste exactamente en conquistar un montículo situado sobre las cabezas de los musulmanes y precisamente a su espalda. De conseguirlo, la compañía tiroteada podrá retirarse en orden y sin excesivo peligro.

A una voz de mando se inicia la progresión hacia el objetivo. Todos van en silencio, rápidos y tensos por la pendiente arriba, más; a pesar de la cautela, el enemigo no tarda en darse cuenta que sólo un pelotón pretende hacerles fracasar en la sangría que ya vienen realizando desde el amanecer; y virando la línea de tiro, concentrando su coraje en detener a Zarraluqui y los hombres de su grupo. Pero el veterano sargento de Regulares corre de piedra en piedra, grita, dispara y avanza palmo a palmo hacia el disputado objetivo. Sabe que en la consecución del punto asignado está la salvación de casi un centenar de hombres acosados por la morisma.

Zarraluqui tiene las primeras bajas, a sólo unos minutos de lucha tres hombres han caído. De abajo, de la ladera opuesta, suben gritos de júbilo, y puede verse a los soldados levantar la mano en señal de gratitud. La compañía hostigada, o más bien lo que de ella queda, se repliega al haber



concentrado el enemigo sus fuegos contra el pelotón de Zarraluqui.

Ya en los últimos metros, al borde mismo de la cresta pedregosa, el sargento recibe una herida en la mano izquierda. Los más próximos a él pueden ver cómo la sangre se extiende brazo abajo hasta chorrear por el codo.

Sin hacer la menor mueca de dolor, Zarraluqui salta hasta las rocas más altas, y con él se parapeta el resto de su pequeña uni-

En lo más alto del montículo, Zarraluqui alza sus brazos al cielo y se desploma herido de muerte.

rados todos los efectivos, cumplida en suma la misión, el sargento recibe la orden de regresar a la base de partida, con el resto del tabor; sin embargo, él sabe, como veterano combatiente de

tar sus consecuencias; y desde la posición evacuada comienza a caer toda una lluvia de balas que en sólo una andanada pone fuera de combate a un par de hombres. La retirada se presenta extremadamente difícil.

Sin cobertura alguna por parte de las fuerzas propias, Zarraluqui opta por la única solución, la más desesperada: volver a ocupar la posición. Y con el mismo arrojo que alcanzó las rocas desde donde le hostiga la morisma, se vuelve hacia el origen del fuego e inicia la ascensión pendiente arriba.

El intento parece un imposible, pero el impulso del sargento herido es imparable; y disparando frenéticamente salta entre peñas y matorros arrastrando con él a sus escasos efectivos, hasta alcanzar de nuevo los primeros palmos de terreno. Ahora el moro está parapetado allí mismo, y entre los múltiples disparos que silban rebotando en los peñascos, uno hace blanco en Zarraluqui perforándole la boca.

El héroe está ya definido en ese momento. Con la mano deshecha y el rostro cubierto por negro borbotón de sangre, Zarraluqui desenvaina la bayoneta del Mauser y a cuchilladas, él y sus hombres útiles se hacen de nuevo con la posición.

La lucha continúa entre las risqueras, y en esa fase en que los combatientes ignoran las distancias, que pierden el sentido del espacio y el tiempo se detiene en el destello del metal o el fregonazo de la pólvora, vuelven a caer cuerpos al suelo, y entre los que caen está el sargento Zarraluqui.

Allí, en lo más alto del montículo, abre sus brazos al cielo y se desploma herido de muerte. Una tercera bala le atraviesa el pecho y queda frío, con los ojos abiertos mirando al infinito. Su cadáver tardaría dos días en ser recuperado, había quedado en tierra de nadie cubierto por unos palmitos.

El sargento Zarraluqui está en la historia de las Tropas Regulares, y su laureada sirve de recuerdo eterno en la memoria colectiva de las Fuerzas Armadas.



El teniente coronel González-Tablas fue otro de los Regulares Laureados de 1919.

dad. La ocupación del montículo ha sido dura; pero al fin el objetivo se ha culminado, y ahora es el enemigo quien busca protección ante el certero fuego que la hacen desde la altura.

La acción del grupo de Zarraluqui permite el repliegue total de las tropas propias; y una vez libe-

El joven sargento salta de piedra en piedra, grita, dispara y avanza hasta lograr ocupar el objetivo.

Africa, que tan pronto deje de hacer fuego se habrán cambiado los papeles. Así, manda dos escuadras iniciar el repliegue, mientras con otra mantiene a raya a los moros que ya tratan de tomar la posición.

Poco a poco van descendiendo los escalones ladera abajo; y en el momento preciso Zarraluqui ordena a sus hombres seguir el paso de los que les preceden. Pero el enemigo está muy próximo y tarda poco en ocupar la loma que el sargento acaba de dejar. Tal como pensara Zarraluqui, la situación cambia sin dar tiempo a evi-